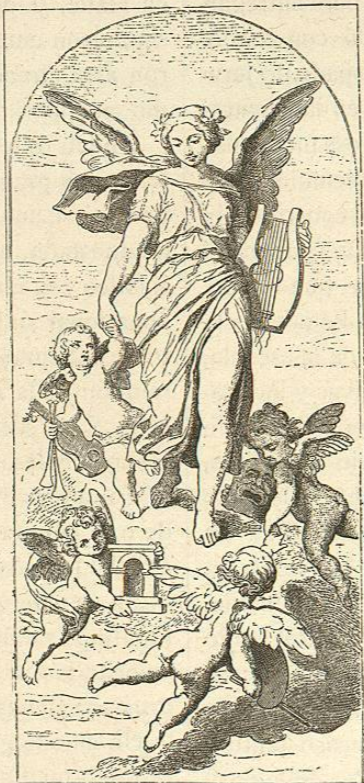


para épocas periódicas, la unión se convirtió en una potencia popular, que se encontraba en oposición significativa con el grupo aristocrático reunido en Colonia bajo el nombre de *Asociación de la construcción de la Catedral*.

Puesta en el índice por el gobierno bávaro y tolerada por Prusia tras madura reflexión, la Unión no hizo más que adquirir grande importancia por el concurso en masa del pueblo que tomó gusto por su actitud liberal y porque encontró un terreno neutro para todos los partidos de la Iglesia evangélica.



Introducción de las Artes por la Musa, cuadro de Schwindt

una correspondencia muy numerosa y una polémica muy viva en los diarios mantuvieron á los espíritus en expectativa. El cisma que amenazaba se evitó, sin embargo, por la retirada voluntaria de Rupp, y por las decisiones conciliadoras de la primera Asamblea de Darmstadt.

Produjéronse también movimientos religiosos en otros países protestantes, pero tuvieron menor intensidad, porque una vida política é independiente ofrecía á los espíritus impacientes otro campo.

En Inglaterra, la multitud pintoresca de las comunidades disidentes, no se aumentó con nuevas sectas, fuera de la que fundó el predicador presbiteriano Irving, —1792-1834.— Muy versado en la lengua profética del Viejo Testamento, secta que se complació en designar las antiguas funciones apos-

Quebrantóse gravemente esa buena reputación cuando en la Asamblea general celebrada en Berlín, Rupp, el delegado de Königsberg, fué rechazado y se admitió el principio de que, sólo las iglesias del país en su conjunto, y con exclusión de las sectas designadas en los estatutos de Francfort, formaban la Iglesia evangélica.

Un gran grito de indignación lanzó al saberlo la Alemania protestante, un huracán de protestas se elevó contra esta decisión que transformaba «la unión libre del amor en un tribunal de creencias.»

tólicas de la Iglesia por medio de nombres sacados del Viejo Testamento, y tuvo por tanto como directores de la comunidad *apóstoles, profetas, evangelistas y ángeles*. Atribuíase igualmente el dón de la profecía y esperaba la vuelta corporal del Cristo á su Iglesia purificada. En las comunas disidentes hasta se manifestaba una tendencia hacia una centralización en más grandes grupos para poder, con mayor éxito, hacer frente á la intolerancia de la Iglesia oficial.

La opinión pública en esa Inglaterra tan severa sobre materia de fe, era, sin embargo, bastante poderosa para crear á los disidentes una posición cada vez más independiente. A la abolición del *examen de conciencia*, —1836,— que les abrió el Parlamento, sucedió la dispensa para ellos de hacerse bautizar ó

casar por el clero episcopal y el derecho de frecuentar la Universidad libre de Londres; mas, por lo contrario, quedaron siendo tributarios de la Iglesia oficial, y las viejas universidades con sus fórmulas ortodoxas pasadas, fueron protegidas contra las invasiones por la Cámara de los lores.

Muy pronto en la misma Iglesia oficial se produjo un cisma entre el partido anglicano y el partido evangélico; éste, haciendo resaltar del mejor modo posible el elemento católico en la Iglesia episcopal, no encuentra su salvación más que en la incesante intimidad de la Iglesia anglo-católica con la Iglesia

apostólica, y no considera la Reforma más que como un acto de purificación emprendido por las autoridades clericales legítimas; aquél, representando más bien el elemento protestante, concede importancia á la concordancia al acuerdo del dogma religioso, mejor con las Santas Escrituras, que no con los Cánones de la Iglesia, y considera el desenvolvimiento de la doctrina por reformas tomadas de las exigencias del tiempo por una necesidad esencial.

Tomó el elemento católico una extensión tal con los sabios de Oxford, Newman y Pusey, que no podían hacer concordar su sistema religioso, sacado



Dibujo de Schwindt

del dogma de la Iglesia católica, con los treinta y nueve artículos sino por medio de las más forzadas interpretaciones y de los más palpables sofismas.

Así los más honestos de los *puseistas*, prefirieron convertirse al catolicismo que no adoptar una actitud llena de hipocresía.

Los *ritualistas*, que procuraban poner el culto anglicano en relación más directa con el culto romano por la introducción de fórmulas y de ceremonias católicas, persiguieron un fin análogo.

Esos excesos y la analogía siempre creciente del puseismo con el clericalismo católico romano; luego también los gritos de triunfo de los papistas, despertaron el sentimiento protestante en Inglaterra y tuvieron por resultado hacer reconocer el puseismo por los obispos anglicanos, como la verdadera expresión de la Iglesia anglo-católica.

Por medio de la fundación de nuevos obispos, — por ejemplo, Manchester, — pensaban los whigs hacerse favorable el partido anglicano. Mas cuando la curia romana, exagerándose á sus propios ojos las simpatías católicas de Inglaterra, elevó al prelado irlandés Wisemann al rango de cardenal y le nombró obispo de Westminster, — 1850, — el antiguo celo anglicano despertó y resonó el grito de *¡No Popery!* con una fuerza tal, que el gobierno y el parlamento, á pesar de las protestas de los católicos y de los partidarios de una libertad religiosa sin condiciones, creyeron deber oponerse por medio de una ley á esas invasiones del jefe de la Iglesia.

En la ferviente Escocia, el sentimiento recientemente resucitado, — 1834, — de una independencia puritana, entró en lucha contra el derecho de patronazgo introducido por el poder, y gracias al cual era

permitido á los patronos imponer á las comunidades eclesiásticas que no les acomodaban.

Cuando el derecho de veto reclamado por las asambleas generales religiosas no fué reconocido á las comunas por los tribunales, y el parlamento también, se puso de lado de los patronos, los defensores de la libertad de la Iglesia,—*non intrusionists*,—se separaron de la Iglesia oficial, y fundaron con los subsidios que suministraba el pueblo escocés, una Iglesia libre presbiteriana.

El fiero carácter del demócrata Knox, sobrevivió en su Iglesia. El clero tan enérgico, y á su cabeza el general Chalmers, renunció á sus rentas y á sus presbiterios para no ponerse en desacuerdo con su conciencia, y protestó solemnemente contra la injuria hecha á la corona del Cristo por el poder de los hombres. Así no tardaron en reunirse millones por ese pueblo creyente en favor de su Iglesia nacional.

Había ganado mucho terreno un metodismo severo en el país de Vaud, y en los demás cantones franceses de Suiza, lo mismo en las clases superiores que en las inferiores en presencia de la tibieza religiosa de la Iglesia reconocida. Los partidarios de esa piedad metodista, muy detestable por el pueblo á causa de su orgullo, tenían por la noche reuniones edificantes que generalmente presidían eclesiásticos de la misma opinión que ellos.

Después de la victoria de los radicales en Lausana,—1845,—el pueblo amenazó y perturbó esas reuniones que el partido vencido ó de los aristócratas habían frecuentado; los pastores fueron adverti-

dos de que no tomaran en ellas parte, y su desobediencia fué castigada con la destitución.

Irritados ya por esa violencia hecha á su conciencia, muchos pastores se negaron á leer desde lo alto del púlpito el elogio de la constitución democrática que el gobierno les había ordenado, alegando que no podían obrar de tal manera sino por materias de religión. Citados en justicia por esa negativa, y condenados á la suspensión de un año, la mayor parte de entre ellos renunciaron á su cargo y á su retribución. Abandonados por la Iglesia protestante del exterior y por sus patronos reales, sin apoyo en la opinión pública, viéronse reducidos á vivir de auxilios extranjeros, y no pudieron continuar predicando su doctrina disidente más que en los conciliábulos de la nobleza. El gobierno, durante ese tiempo, estuvo ocupado en la tarea de proveer las vacantes.

Como en la América del Norte tenían la más completa libertad religiosa, allí se encontraron la mayor parte de las iglesias y de las sectas, y allí están todas ó en su mayor número. El Estado, desde el punto de vista constitucional, no se ocupa de Iglesia alguna y no manifiesta su carácter cristiano más que por una ley relativa á la santificación del domingo; y á todo individuo que crea en un solo Dios, le concede todos los derechos políticos. Cada comuna vive de su existencia propia; pero las comunas de la misma confesión tienden á reunirse en un grupo sinodal tan extenso como sea posible. En medio de esta vida de libertad, existe en América un clericalismo muy celoso, pues es poco más ó menos la sola manifestación moral de ese abigarrado pueblo.



CAPITULO VIII

MOVIMIENTO LITERARIO EN ALEMANIA

Tendencias aristocráticas y liberales en la literatura.—Boerne y Heine.—La joven Alemania.—Los poetas bajo la influencia de los problemas políticos y sociales de la época.—Los poetas de Austria.—Los literatos.



La literatura y en especial la poesía no pueden sustraerse á la influencia de las ideas que circulan y dominan en una época dada, y que obran con tanta mayor potencia sobre los contemporáneos cuanto más se identifican en las ideas reinantes. Toda forma literaria, sobre todo la poesía lírica, llevará, pues, el sello de su tiempo, y no puede apreciarse de una manera equitativa más que desde el punto de vista histórico.

Así la poesía de la Edad media quedó en el campo de la caballería y del amor; durante la Reforma y en el período siguiente, la literatura y la poesía sufrieron la influencia religiosa y clerical, y si la época clásica de la literatura alemana no puede basarse sobre un hecho histórico cualquiera, la causa se debe á la falta absoluta del hecho saliente ó de la idea primordial, la guerra que el espíritu alemán se esfuerza en llevar por medio de creaciones variadas y grandiosas en el campo de la inteligencia, de la fantasía y de la ciencia.

Todo eso cambió, cuando la Revolución francesa y el despotismo militar de Napoleón pusieron un término á una época de dulce beatitud y de rutina. La sociedad europea y sobre todo el pue-

blo alemán, se vieron perturbados en su calma y en su manera de vivir, y forzados á representar su papel en los grandes sucesos. La libertad y la política aparecieron en primer término, y el combate que, en su principio se libró con el enemigo del exterior, se transformó después de la victoria en lucha de opinión con el partido adversario del interior.

La santa Alianza que devolvió con la paz á la sociedad europea las antiguas condiciones de la Iglesia, del Estado y de la vida pública, no dió á la literatura alemana un período de satisfacción y de reconciliación; como en política, en literatura é igualmente en poesía, siguieron las inteligencias los caminos más diferentes, y un espíritu de partido, desconocido hasta entonces, se hizo sentir en todas las relaciones.

Dos opiniones literarias se manifestaron, una aristocrática conservadora, otra liberal, popular y reformadora.

Los románticos ó partidarios de la Edad media, concluyeron una alianza con los aristócratas y los gobiernos, y consideraron la literatura como la propiedad exclusiva de los nobles y de la gente ilustrada, procurando á la vez combatir el espíritu democrático que había salido de la revolución por la re-